

LOS
ANALES DE ORO
POESIAS ✕ POR
FRANCISCO VILLAESPEA



SUCESORES D HERNANDO
EDITORES ✕ MADRID ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕
MOYA DEL PINO ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕



HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
Almería

LOS PANALES DE ORO

1934
HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
ALMERIA

OBRAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

POESIA

Intimididades.
Flores de Almendro.
Luchas.
Confidencias.
La copa del Rey de Thule.
El Alto de los Bohemios.
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristitia Rerum.
Carmen.
El patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental.
El mirador de Lindaraxa.

El libro de Job.
Las horas que pasan.
El jardín de las quimeras.
In memoriam.
Saudades.
Bajo la lluvia.
La torre de marfil.
Andalucía.
Remansos del Crepúsculo.
El espejo encantado.
Collares rotos.
Los panales de oro.

EN PRENSA

El Balcón de Verona.

La Musa gitana.

PROSA

Zarza florida.
La venganza de Aischa.
El último Abderramán.
Breviario de amor.

El milagro de las Rosas.
Vida y Arte: I. Julio Herrera
Reissig.

EN PRENSA

La Torre de la Cautiva.
Las Granadas de rubies.

Las joyas de Margarita.
Vida y Arte: II. Eugenio de Castro.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas. (Leyenda árabe en cuatro actos y en verso.)

EN PRENSA

El Rey Galaor. (Tragedia en tres actos y en verso.)
Aben Humeya. (Tragedia en cuatro actos y en verso.)
El Suspiro del Moro. (Tragedia en cuatro actos y en verso.)
Judith. (Tragedia en tres actos y en verso.)
Doña María de Padilla. (Tragedia en cuatro actos y en verso.)
El Halconero. (Leyenda en tres actos y en verso.)

LOS
PANALES
DE ORO
POESIAS
POR
FRANCISCO
VILLAESPEA
SUCESTORES DE
HERNANDO EDITORES
MADRID



ES PROPIEDAD

MADRID.— Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

PRÓLOGO

Estas últimas veladas las he dedicado a un poeta. Cuando se vive en forzada prosa y bajo la majestad despótica de Calibán, saludable desquite y depurativo es sumergir, a trechos, el espíritu en el baño casto de unos versos amigos. Los de Villaespesa, por el mágico hechizo de su música, de sus evocaciones pictóricas, de su emotividad, de toda esta liga afortunada de excelsitudes, son órganos poderosos de redención anímica, y puede creerse, al cantárselos uno íntimamente, que se ha sido tocado por el beso piadoso del olvido.

Tres son los libros en que ha encerrado el poeta sus versos últimos: *Las horas que pasan*, *El jardín de las quimeras* y *Viaje sentimental*.

Ya leídos en su mayor parte sobre las planas de honor de la prensa literaria, y aun de sobra campaneados estos mismos volúmenes, forzado sería ofrendarles aquí un homenaje a destiempo, si no fueran siempre nuevos estos poemas que tan bien se ajustan al gusto de hoy y a la refinada inquietud moderna.



Cuando se dice algo muy español parece que hay alusión precisa a algo viejo y mohoso. Inconvenientes de haber hecho de un momento del pasado un culto nacional. Y sin embargo, con ser Francisco Villaespesa el más netamente español de los grandes poetas actuales, tampoco hay, si se exceptúa a Marquina, quien como él haya sacudido y desapolillado el roñoso léxico de Zorrilla y Núñez de Arce, ni probado la extraña arquitectura de los nuevos ritmos, ni aun quintaesenciado la rebusca de la suprema sencillez modernista, incluso cuando con leal sinceridad en el alma, escribe el verso nostálgico:

«Yo nací con tres siglos de retraso...»

En Villaespesa se dan cita, como para transmitirse en un sacro legado, dos épocas del lirismo español. El romanticismo tiende por él su mano al modernismo, cuidando que no se pierda la modalidad española.

Cuando hace diez años descuartizaba *Clarín* su hermosa «Canción de las horas» por la libertad arrogante de los giros y la desarticulada audacia de algunos metros recién importados entonces por los Pirineos, no podía sospechar — porque aquel crítico profesional, con tener otras facultades, carecía de perspicacia crítica — cuánto de savia autóctona palpitaba bajo esta bendita renovación del ropaje, naturalmente hinchada *pour épater le bongeois* en sus primeros pasos. Villaespesa, una vez dominado el *metier*, más allá del obligado ciclo del desenfreno y contradicción consigo mismo, se ha mostrado en pleno el heredero de Espronceda, más español cuando más se complica y refina la arquitectura de sus versos.

Su españolismo consiste en la exaltación perenne de su

alma pagana, en la riqueza jocunda de su paleta goyesca, en lo mórbido de su sensibilidad, que es más concretamente sensualidad. Todos esos delirios de la raza hacia la leyenda coloreada de sangre; toda esa neurosis de un pueblo que del catolicismo hace una mitología, de la guerra un voluntario oficio y del hambre un chiste eterno — vivos estaban y pidiendo pista hacia el futuro en las recias estrofas de este extraño modernista. Digno de cantar a la hermosa podredumbre de Tarifa es quien, entre toda una enorme producción de cada día, sabe modelar camafeos hispanos como éste:

«Desde Italia, tras épicos trabajos,
 llegar altivo de mi tercio al frente,
 a una ciudad de los Países Bajos,
 suelta la enseña y a tambor batiente.
 Cruzar las landas con el agua al cuello
 bajo los fuegos de los arcabuces,
 y pasar viejos burgos a degüello
 entre un tumulto de sangrientas luces.
 Y conducir herejes a la hoguera,
 y mientras se retuercen en la llama
 y el pavor de las turbas se apodera,
 a hurtadillas dejar algún sonoro
 beso en los frescos labios de una dama
 de pupilas azul y bucles de oro.»

Compárense los sonetos de esta factura; los que completan el maravilloso *Viaje sentimental*, y los que en una doble serie, «Alma mística» y «Alma española», son fruto de oro en *El jardín de las quimeras*, con sus múltiples composiciones de artificiosa fisonomía francesa y de tendencia simbólica, como «Visiones románticas», «La canción de la vida», «Myosotis» u otras de simple virtuosismo, como «Otoño» y «El poema del opio». Compárense, y sin desmérito de las segundas — que no hay falsas alhajas en el joyel de este

Nabad—se columbrará cuán más alto vuela el aguilucho español al flotar en su propio elemento. Villaespesa, maduro hoy para enfrentarse con la crítica, se alza, en suma, como la muestra del elemento étnico que revive con nueva faz remozada; grácil y aligerado de la maciza retórica antigua, pero afirmando siempre el viejo mástil nacional que al través de los tiempos y de las anulaciones hará notar la entraña altiva del grupo. «El poeta — escribió Emerson en sus *Hombres simbólicos* — no es un sonajero que dice lo que se le viene a la boca; es un corazón que late al unísono con su tiempo y su país.» Y he aquí cómo, vencida la era de los *poetas civiles*, de los Carducci y los Auguste Barbier, todavía se puede hacer mucho por el imperio moral de la patria puliendo églogas y llorando con una fuente.

* * *

Forma *El jardín de las quimeras*, como el *Viaje sentimental*, un collar de redondos, claros, bruñidos sonetos, como perlas de *rajah*.

Las horas que pasan es un pequeño relicario de exquisita poesía fragmentaria, rebelde y arbitraria en rimas y asuntos, donde reaparecen triunfalmente aquellas medallas definitivas que todos conocemos: «La hermana», «Mediodía», «La Rueca», «Pavana», gemas del Parnaso modernista.

La dichosa fecundidad del poeta no debe ser cantada más que por una lira prócer, y la suya da así la nota propia en el pórtico de uno de estos libros:

«Mi lírico jardín es tan lozano,
y es tan fértil su eterna primavera,
que no da tregua a la labor mi mano
ni descansa jamás la podadera...»

Como artista de exquisita sensibilidad, ya está perfectamente calificado y *catalogado* Villaespesa entre los primeros

de la moderna lírica castellana. Esa nota de íntima emoción recogida, que parece ser la que con predilección pide a sus poetas el alma contemporánea, palpita en cada estrofa de esa «Rueca» que todos sabemos de memoria. Acaso no iguale siempre en Villaespesa el refinamiento de la forma al refinamiento de la idea. Se le ha acusado de no pulir demasiado sus versos. Pero si tal hiciera, quizás no tendrían estas estrofas de su lira íntima el simpático sabor de inquietud que trae vagamente, a su lectura, la evocación de grandes sentimentales incorrectos: Musset, Bécquer. Parece como que el exagerado aliño ha de opacar siempre la delicada vibración del pensamiento poético. Parece que sin un poco de sencillez y de buena hombría no podría el cantor de la *Nuit d'Août* haber dicho cosas tan hermosas, a fuer de vulgares, como éstas:

*«J'aimé et je veux palir, j'aimé et je veux souffrir;
J'aimé et pour un baiser je donné mon génie;
J'aimé et je veux sentir sur ma joue amaigrir
Ruisseler une source impossible à tarir.»*

Así, contagiando al lector, y más propiamente a la lectora, por su lenguaje claro y plástico, sabe Villaespesa tocar en nuestros adentros, como en este final de un soneto del *Viaje sentimental*:

*«... Ahora también parece que la espera
el vacío sillón, allá en la sombra.
La lectura interrumpe. El alma entera
palpita de avidez en mis oídos,
esperando sentir sobre la alfombra
el sedoso rumor de sus vestidos.»*

Este desenfadado audaz del léxico es, pues, en Villaespesa una pluma más de su penacho; y presumo que hay más de envidia impotente que otra cosa, en la crítica que le menos-

caba laureles, porque no complica el giro o no descoyunta la palabra.

Lo que ocurre es que el poeta, valerosamente, ha sabido poner su personalidad fuera de los límites de la moda, y escapar al estancamiento de vocablos a que nuevamente vamos resbalando después de la conmoción que unos cuantos altos espíritus operaron. Villaespesa, innovador, ha tenido el buen gusto de no prendarse de determinados vocablos, ni jugar con ellos a la feria de la novedad. No pueden decir lo mismo los divertidos cultivadores del *ánfora mirtífica*, *la hora verde* y *la hora cruel*, *el filtro que embruja*, *la flor de perversidad* y *el yermo y el arcano*; y los de aquello de *era la tarde*, *el sabe de Chipre*, *está cogiendo luna*, *jardines milenarios*; y los de lo otro de *carne en flor*, *vampirismo insólito*, *el milagro de una sonrisa*, *el oro del verso...* ¡Santo Dios, a fuerza de usarlo, lo nuevo se nos ha puesto viejo!

Salvándose de esta lamentable ecolalia, se ha salvado también Villaespesa de la otra calamidad naciente del prosaísmo. En la túnica de su noble musa, severa como la de Polymnia, no cabría el bagaje grueso y cascabelero de la *Eptstola a Mad. Lugones*, lamentable cuarto de hora del padre Rubén Darío...

*
* *

La facultad magna de este poeta, es sin embargo de forma. Su verso es el más escultural, el más flexible, el que más prende en los oídos. Su léxico, con ser reducido, es prodigiosamente evocador; cada palabra lleva en sí una triple o cuádruple sensación, y como se leen corridamente, sin obstáculos de comas, frases incidentales o construcciones inversas, nuestro espíritu ávido bebe fácilmente la idea al través de la forma suelta y permeable. No hay en la actual lírica española mayor ejemplo de dominio en la factura del ver-

so, ni tampoco ha refinado nadie como él la música de la rima. De ahí el irresistible encanto de sus sonetos: este género fino y menudo, destinado a perdurar en los oídos, es en Villaespesa un divino milagro de redondez y de suavidad. Nada más acariciador que los seis versos, generalmente ligados, de sus tercetos, cayendo uno tras otro como hilo de perlas sobre ánfora de plata.

La poesía de Villaespesa, en suma, ha llegado al término de serenidad que en el sentido griego de la Belleza significaba la cumbre: fuerza y gracia combinadas. Su sensibilidad múltiple le ha permitido ser a un tiempo mismo poeta íntimo y poeta descriptivo. La madre Tierra le ha dado el secreto de su gracia infinita, y él la revela con fidelísima y apasionada precisión. El *Viaje sentimental* es un afortunado caleidoscopio donde las horas y los paisajes son evocados con su aspecto y con su alma. Véase una muestra que el lector agradecerá:

«Hay olor de vendimia en los parrales;
un silencio de paz duerme en la aldea.
Sólo algún perro ladra en los umbrales
del viejo hogar madrugador que humea.»

Y esta otra, que es penetrante:

«Desnudo el brazo, lava en la frescura
de los cubos la rubia molinera,
mientras con ritmos de cristal murmura
una fresca canción de primavera.»

Y como aplicación al caso, esta pincelada maestra de *Las horas que pasan*:

«Ciegos horizontes;
humean los montes
entre la calma
de sol Una hoguera

de polvo es el llano...
El aire calcina...
En la carretera,
el eje de un carro lejano
rechina.»

España, la España de Marquina afrancesado, de Rueda romántico, de Echegaray demodado, puede haber encontrado su *hombre*, su resumen, en este gran poeta. Y hasta D. Joaquín Costa ha lugar a rectificar su concepto negativo sobre la viabilidad del pueblo español. Nunca salieron de las decadencias las grandes figuras..

JESÚS CASTELLANOS.



LOS PANALES DE ORO

PARA libar miel de amor,
mi verso, como una abeja,
volaba de flor en flor.

¡Labio que gustó su miel,
al recordarlo, se queja,
sintiendo nostalgias de él!

Alma romántica y pura
que entras en mis colmenares,
para gustar la dulzura
de mis antiguos cantares,

tarde vienes... Duras penas
han secado mis amores...
¡Como ya no quedan flores,
se murieron mis colmenas!



KASIDAS - DEL - REY
NO - INTERIOR. 卐 卐



EL DESIERTO

HOMBRES que de mi carne sois hermanos:
llegué a vuestra heredad, y, diligente,
en un gesto de siembra abrí las manos
y arrojé entre vosotros la simiente...

El Amor, la Verdad, la Ley eterna...
Todo en vano... Mejor hubiera sido
que los hubiese echado a una cisterna,
porque en vuestros desiertos se han perdido.

Es fértil el desierto, comparado
con vuestras almas secas, pues si vierte
en el yermo sus aguas un nublado,
el yermo en un oasis se convierte.

Y en vosotros jamás florece nada,
ni aun el cardo que surge entre las ruinas,
porque es vuestra aridez tan desolada
que ni a brotar se atreven las espinas.

Esconded la cabeza bajo el manto
y orad a vuestro Dios, hasta que ciegos
a vuestros secos ojos deje el llanto,
y enmudezca la voz de tantos ruegos...

La cólera de Dios, ¡oh, pobres larvas!,
humillará en el polvo vuestras frentes,
y será entonces el mesar las barbas,
crispar el puño y rechinar los dientes.

Y en la profundidad de la conciencia
retumbará su voz igual que un trueno :
— ¿Qué has hecho, di, mortal, de tu existencia?
¿Dónde has dejado ir a tu ángel bueno?

Para librarte de él, le asesinaste :
teñido con su sangre está tu acero,
y en tu propia conciencia le enterraste
como entre el fango de un estercolero.

De tu heredad trepaste por el muro,
y cerraste, al huir, tus torpes ojos,
para no ver brillar, entre lo obscuro,
los rosales de luz de sus despojos.

¿Qué hiciste de tu vida? Hipocresía,
doblez, temor, eterno sobresalto,
tejer de noche y destejer de día;
pensar muy bajo para hablar muy alto.

Caminar, caminar sin rumbos fijos...
Sobre la tierra eternizar dolores,
engendrando, al azar, hijos peores,
para espantarte de tus propios hijos

LOS CASTILLOS DE HUMO

POBRE mortal, despierta, y no te olvides
de que polvo serás y polvo has sido.
Otros sembraron lo que tú has cogido,
y otros también vendimiarán tus vides.

¿Qué has hecho de tu vida? Di, ¿qué has hecho?
Levantar en los vientos, a lo sumo,
castillos que en los vientos se han deshecho
como estériles ráfagas de humo.

De tu existir no quedará una fecha
que memorar...; tu vida ha sido vana...
Si has arado en las aguas, ¿qué cosecha
a los que vengan brindarás mañana?

Todo al tiempo inmortal rinde tributo :
degenerar es ley de nuestra vida.
¿Cómo quieres que el árbol dé buen fruto
si la vieja raíz está podrida?

Será vano tu afán y tu desvelo
por descubrir lo que el misterio encierra.
Los oídos pegados a la tierra
¡jamás oirán las músicas del cielo!

Inútilmente laboró tu orgullo,
cual gusano de seda que trabaja
en hilar las urdimbres del capullo
que servirá a su cuerpo de mortaja.

Nada, mortal, del porvenir comprende
tu razón que a tu carne vive unida...
¿Quién principio o final hallar pretende
al círculo infinito de la vida?

En vano indagarás... En vano, en vano
tu mísera y voluble inteligencia
buscará en el breñal de la existencia
las llaves invisibles del arcano.

¡Oh, gusano de luz entre las ruinas!...
Jamás descubrirás la clave ansiada
del principio y el fin de tu jornada,
que Dios comienza donde tú terminas.

LA ARAÑA

LA araña hila su tela, muda y ágil;
labrando su prisión al tiempo engaña...
¿Puede existir, mortal, algo más frágil
que la frágil morada de una araña?

Así tu vida es. Tejes en vano
lo que no ha de durar. Di, ¿dónde han ido
las altas torres que en su tiempo han sido
orgullo y prez del pensamiento humano?

¿En dónde están los firmes monumentos?
¿Dónde los babilónicos jardines
esparcen sus fragancias a los vientos?
Tan sólo del desierto en los confines,

quedan escombros, mármoles, metales,
hundidos en las áridas arenas
donde aúllan de noche los chacales
y rechinan los dientes de las hienas.

¿Qué resta de los ínclitos varones
que encadenaron al linaje humano?
¡Las cenizas de tantas ambiciones
en polvo puede disipar tu mano!

El más alto de todos, el más fuerte,
si del polvo es salido,
¿qué dejará de sí tras de la muerte,
al ser el polvo en polvo convertido?

En los secos y turbios arenales
deja, al pasar, sus huellas el viajero,
y del lago en los trémulos cristales
deja su sombra el pájaro ligero;

en el agua encharcada
vierte un temblor de luz la errante estrella...
Sólo el hombre, al pasar, no deja nada:
ni un temblor, ni una sombra, ni una huella.

EL CASTIGO

YÚDAME, Señor, porque me falta
la fuerza y el cansancio me domina...
Mi altiva frente que brilló tan alta
ahora entre el polvo de dolor se inclina.

Y entre el polvo ha de estar, años tras años,
hasta que tú, Señor, no me perdones...
Soy tu siervo... Cuidaba tus rebaños,
y olvidando, Señor, tus atenciones,

de un falso goce mi esperanza esclava,
ligado a las miserias de la tierra,
abandoné el rebaño que cuidaba
a los hambrientos lobos de la sierra.

¡Pequé, Señor, pequé!... ¡Sueños livianos
me apartaron de tí!... ¡Tú eres testigo,
que viniendo el castigo de tus manos,
aceptaré gustoso tu castigo!

Dale lepra a mi carne, al alma fuego;
que sufra mucho más que ningún hombre,
pues tranquilo a tu cólera me entrego
y en mi dolor bendeciré tu nombre.

Revolcándome en lecho de serpientes;
retorciéndome en medio de las llamas,
aun cuando crujan de terror mis dientes
y ardan mis huesos como secas ramas,

yo alabaré tu gloria justiciera,
porque pequé, porque viví entregado,
con todo el cuerpo y con el alma entera,
a las falsas delicias del Pecado.

Con la justicia tu poder coronas...
Pero piensa, Señor, si tú, que eres
todo misericordia, no perdonas
las culpas de los hombres, ¿cómo quieres

que ellos, que son salvajes como potros
y vengativos como salteadores,
dando al olvido ofensas y rencores,
se perdonen los unos a los otros?

LA SOLEDAD

 AISLADO vivo como un lazarino,
a solas con mi lepra y mi cuidado,
al final de ese místico camino
que jamás planta humana ha profanado.

Y en medio de este bárbaro aislamiento
ningún afán terrestre me importuna,
tan orgulloso de mi mal, que siento
desprecio y compasión por la Fortuna.

Y hasta feliz con mi desgracia soy,
pues la Fortuna es meretriz que, ciega,
hoy como ayer, mañana como hoy,
se entrega sin saber a quién se entrega.

Y ocurre casi siempre que, aturdida,
prodiga el florecer de sus abriles,
no a aquellos que la tienen merecida,
sino a los más cobardes y más viles.

No me importan terrenas ambiciones;
jamás riquezas a la suerte imploro,
pues sé que lo que aquí parece oro
en la vida inmortal será carbones.

¡Ay! ¿Qué podréis comprar, manos rapaces
de avaros y viciosos? Vana ciencia,
placeres miserables y fugaces,
pero jamás la paz de la conciencia...

Y el más grande placer, ¿qué es comparado
con la pobreza ascética y la adusta
serenidad de una conciencia justa
que ningún pensamiento ha profanado?

El oro acaso un talismán encierra
que convierte en deleites los desvelos;
puede abrirnos las puertas de la tierra,
mas nos cierra las puertas de los cielos.

LA ANTORCHA

NTORCHA en las tinieblas encendida,
esparciera sus luces, si un momento
lucir tranquila la dejase el viento...
Una antorcha en la noche... ¡así mi vida!...

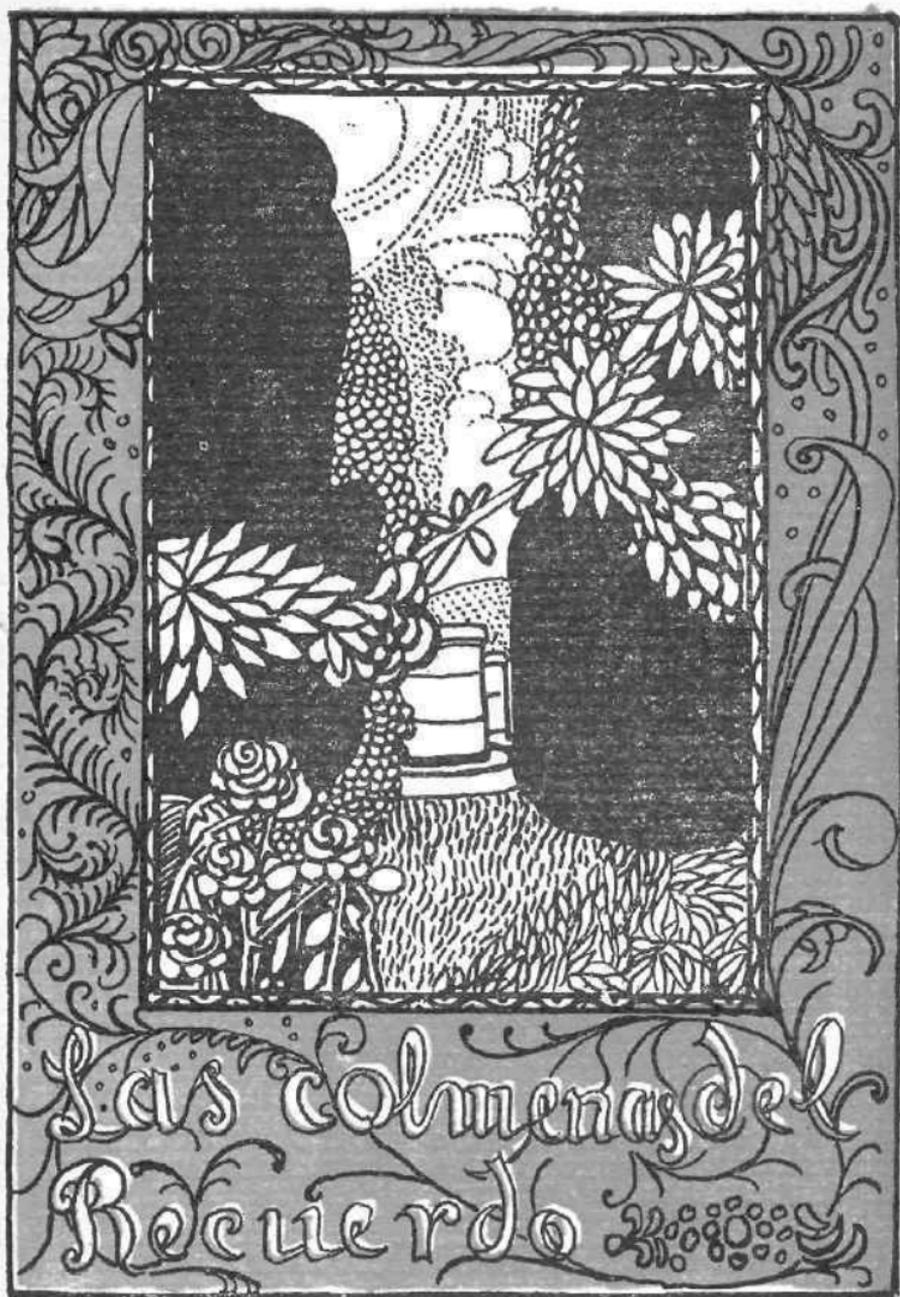
¡Qué fulgor en las sombras esparciera,
si la tormenta la dejase! Un faro
de viva luz, en las tinieblas, fuera
para las pobres almas sin amparo.

Contentémonos, pues, — ¡Dios no lo quiere! —
 con este resplandor envuelto en nieblas,
 que raudo resplandece y raudo muere,
 — agonía de luz en las tinieblas —.

Se aproximó mi alma a los umbrales
 de la felicidad; mas a la puerta,
 fatigada durmióse... Estaba muerta
 de atravesar los secos arenales...

Cansado de luchar, dije : ¡Mañana!,
 y me dormí, y al despertar, he hallado
 mi sueño estéril y mi gloria vana...
 ¡y la felicidad se ha disipado!

¡Así, pobre mortal, es tu alegría!
 ¡Siempre depende de algo que debimos
 hacer, y que no hicimos
 por dejar nuestro afán para otro día!



OFRENDA

 EN mi alcázar solitario,
para tus manos de ensueño,
compondré un libro pequeño
igual que un devocionario.

Un libro tan inocente,
tan ingenuo y tan sumiso,
como el viejo Paraíso
sin manzana y sin serpiente.

Libro muy casto, sujeto
a la moral consagrada.
Sólo alguna idea insidiosa

en algún frágil soneto,
como una abeja encerrada
en el cáliz de una rosa.

TURRIS EBÚRNEA

JUGLAR que llamas en este castillo,
quita la mano del viejo aldabón...
¡Más te valiera colgarte de un pino!...
¡Muchos entraron, ninguno salió!

Una princesa sus salas habita.
¡Es tan hermosa..., mas sin corazón!...
¡Antes de verte, juglar, en sus ojos
más te valiera topar a un león!

De lejas tierras vinieron por verla,
nobles donceles más rubios que el sol;
áureos aceros sus talles ceñían;
plumas de cisnes llevaban de airón.

De la Provenza llegaron juglares;
cien trovadores de justas de amor:
los bandolines llevaban al hombro,
calzas y sayos de vivo color.

De Tierra Santa llegaron romeros
ensangrentados igual que el Señor,
las caracolas sobre la esclavina,
la calabaza colgada al bordón...

Todos entraron en ese castillo...
Todos entraron, ninguno salió.

LA TÓRTOLA

OBRE un alto roble ¡con cuánta fatiga
palito a palito, siempre acarreado,
lo mismo que llena su troje la hormiga,
poco a poco fuimos el nido formandol

Eran siempre besos de amor mis preguntas,
y eran siempre besos de amor tus respuestas...
Con los picos juntos y las alas juntas
siempre nos miraron las verdes florestas.

Tú siempre me hablabas de divinas cosas :
de las golondrinas, de las mariposas,
de la fuente clara y el rosal florido.

¡Quién me lo dijera, tortolica mía,
que el halcón tan presto sobre ti caería,
y que nunca, nunca volverás al nido!

LA DEL ALBA SERÍA...

I

UN rosal en primavera :
tal florece la mañana...
¡Adiós!... (Cierras la ventana,
y llora la enredadera.)

Detrás de la vidriera
tu sombra... Paz aldeana...
En la ermita la campana
repica a misa primera.

¡Santos y muy buenos días!,
garraspea una beata
de refajo y de mantelo.

Despiertan las herrerías...
¡y las casas son de plata
bajo la plata del cielo!

II

Araña, ¿qué ensueño hilas
entre los setos floridos?...
(Llevo en los ojos dormidos
los astros de tus pupilas.)

Despierta un temblor de esquilas,
y una irrupción de balidos
en la senda... (En mis oídos
aun tu dulzura destilas.)

Pasa junto a mí un rebaño...
Un cordero de este año,
con su lengua húmeda y fría

lame mi mano insegura...
(Yo no sé qué analogía
me recuerda tu ternura.)

III

Me perfuma tu: «¡Bien mío!»;
me embriaga el: «¡Cuánto te quiero!»
En una rama, un jilguero,
se está espulgando el rocío.

Moja su belfo en el río
la burra del molinero.
El agua rosa... El sendero
es tan verde que da frío.

En el cristal de la aceña
— esmeralda en un zafiro —
el agua dormita y sueña.

Y es tan serena y tan clara
que, al contemplarla, suspiro:
¡qué espejo para tu cara!

IV

Entro en la casa. Está sola.
Todo en el silencio duerme.
El perro sale a lamerme
moviendo su larga cola.

Abro mi cuarto. Una ola
de aromas viene a envolverme.
Tu retrato yace inerte
encima de una consola.

Cierro el balcón a los vanos
perfumes de los jardines,
y en el lecho me arrelleno,

para aspirar, en mis manos,
el olor de los jazmines
que llevabas en el seno.

HUERTO CERRADO

DÓNDE la hermana dirige sus huellas?
¿Tan tempranito por qué amaneció,
si los remansos florecen estrellas,
si la alborada sus rosas no abrió?

— Voy en mi falda a cortar un tesoro
de siemprevivas y rosas de luz,
de margaritas y lirios de oro,
para la celda de Juan de la Cruz.

- ¿Dónde florecen tan lindas estrellas?
- En los jardines de Nuestro Señor...
- ¿Quién hizo abrirse corolas tan bellas?
- Santa Teresa con llantos de amor.

- ¿Cómo llegar a tan ricos jardines?
- Por los caminos que no tienen fin.
- ¿Y quién custodia sus amplios confines?
- La ígnea espada de algún serafín.

— Dame, hermanita, tus manos piadosas...
Quiero ver esos jardines de luz,
y recoger las más fúlgidas rosas
para la celda de Juan de la Cruz.

RELIQUIAS

I

EN el balcón asomado,
siempre esperando el correo,
que trajese el perfumado
mensaje de mi deseo.

¡Cartas que avaro he guardado
cual victorioso trofeo,
los años os han borrado,
y ya no sé lo que leo!

¡Oh, tu ingenua ortografía
de puntos y comas falta,
que casi siempre escribía

en lugar de *s, c,*
y mi bida con *b* alta
y te vesó, con *v!*

II

En un tomo de Graziella
guardo un pobre pensamiento,
tan seco y amarillento
que al más leve soplo vuela.

Su dueña el misterio vela,
y por más que me atormento,
no recuerdo... Con su aliento
misterioso me desvela.

¿Fué la morena Isabel
o fué Consuelo la blonda?
¡En vano indago su encantol...

¡Tan sólo sé que el papel
tiene una mancha redonda
como una gota de llantol

III

¡Oh, los antiguos retratos
con los respaldos cubiertos
de indefinibles asertos
e ilegibles garabatos,

que aun queriendo serme gratos
desde los cuadros inciertos,
en mi claváis, insensatos,
vuestros grandes ojos muertos!

Éste, sin dedicatoria...
¿Ya no recuerdas su historia?
A tientas, como un ladrón,

de su alcoba lo robaste,
y para huir lo ocultaste
dentro de tu corazón.

LEYENDO

DESDE mi estancia la veía
que atenta y pálida leía
junto al balcón una novela...

(¿Graziella,
Werther o María?)

Cuando las páginas pasaba
su blanca mano parecía
que bajo el sol se deshojaba.

A veces triste suspiraba
cerrando el libro, y, silenciosa,
mirando al cielo se quedaba,
mientras la brisa destrenzaba
su cabellera luminosa...

¡Oh, quién hiciera — me decía —
de su existencia una novela!...
¿Graziella,
Werther o María?

LA HORA DEL TE

En la mesa de laca
se destaca
humeante la taza de te...

Porcelana, oro y rosa...
La pantalla de seda verdosa
idealiza la luz del quinqué...
Sorbo a sorbo la taza apuramos.
Soñamos
con paisajes de luz, orientales...

Nuestro ensueño es fugaz golondrina
que atraviesa el biombo de China
donde entre verdes arrozales
una grulla dormita en un pie.

(¡Oh! Tu veste
de seda celeste
donde los crisantemos
brotan áureos...) Bebemos
sorbo a sorbo la taza de te,
mientras va desnudando mi mirada
tu cuerpo de canela perfumada
y tus senos exigüos de musmée.

JUNTO A LA FUENTE

FUENTE, fuente serena,
donde he llegado a refrescar mi pena,
¿tu cristal ha copiado
algún rostro más pálido que el mío?

Agua que corres a morir al río,
¿algún dolor más hondo has reflejado?
Nada responde a mi doliente queja,
pero llorando silenciosamente

el agua de la fuente
bajo el florido naranjal se aleja...
¡y mi llanto se lleva la corriente!

A UN POETA VIEJO

LA Fortuna ante tu paso
ha detenido su rueda,
vistiendo de oro y de seda
la opulencia de tu ocaso.

Aun relincha tu Pegaso
en la celeste arboleda,
y un poco de ensueño queda
en el fondo de tu vaso.

Aún tus abejas de oro
hacen el pomar sonoro
libando el licor divino.

¡Qué bien cantas el amor,
porque el canto, como el vino,
cuanto más viejo es mejor!



Gacelas de Chitarrío

LAS GACELAS DE ANTAÑO

I

IENTO, dile a mi gacela
que por el prado florido,
tras sus pasos, mi amor vuela
desangrado y malherido.

¡Que su carrera refrene
y se detenga un momento,
porque si no se detiene
moriré falto de aliento!

¡Oh, rosa, de tu hermosura
tanto te ciega el fulgor,
que no ves que de amargura
por ti muere el ruiseñor!

Que ya ha cesado su canto,
y que oculta en su tristeza,
para escondernos su llanto,
bajo el ala la cabeza.

Más bella que tú, ninguna
he contemplado en mi senda,
danzando bajo la luna
a la puerta de mi tienda.

Tu crencha al amor invita
y aun en la sombra negrea :
sobre tu frente se arquea
la media luna islamita.

Y a tus ojos, bajo el claro
velo que cubre tu faz,
con el sol no los comparo,
porque brillan mucho más.

Vida y alma diera para
consolar esta aflicción,
por saber si cual la cara
es también tu corazón.

II

La rosa más encarnada
y los jazmines más bellos,
si no adornan tus cabellos,
¡ay, amor, no valen nada!

El bairame de Lahor,
la púrpura y el tisú,
no tienen ningún valor
si no los ostentas tú.

El diamante y el rocío,
la esmeralda y el rubí,
nada valen, amor mío,
si no fulguran en ti.

La estrofa más cincelada,
el más dulce ruiseñor,
ni cantan ni dicen nada
si no lloran por tu amor.

III

Vida y alma diera juntas,
lo que soy, lo que seré,
sólo por besar las puntas
diminutas de tu pie.

Sueña con su casa el preso
y el marino con el mar;
yo sólo sueño con eso...
¡y más no quiero soñar!

No valen de los jardines
todas las flores lo que
valen los cinco jazmines
que florecen en tu pie.

Sueñe el sabio con su empeño
y el guerrero en guerrear...
Yo sólo con eso sueño...
¡y más no quiero soñar!

Todas las piedras preciosas
juntas, no valen lo que
esas cinco perlas rosas
de las uñas de tu pie.

IV

Olvidar intento en vano
aquella separación.
Al despedirme, tu mano
me arrebató el corazón.

En vano, de amor mendigo,
ando de acá para allá...
Como una sombra, conmigo
tu recuerdo siempre va.

Ningún labio me provoca...
Todos me saben a hiel.
¡Labio que besó tu boca,
amarga encuentra la miel!

Huyo de toda techumbre...
¿Para qué quiero un hogar,
si tus manos en su lumbre
no se podrán calentar?

De mi dolor no me muevo...
¿Qué me importa el oro a mí,
si hasta el agua que me bebo,
me sabe a llanto, sin ti?

V

Llena mi copa de oro
de rojo vino, copero,
¡que hoy no he visto a la que adoro,
y de tristeza me muerol

La copa llena de vino
coloca sobre mi palma,
que en su fondo cristalino
quiero ver roja mi alma.

(¡Alma que calla sangrando,
pobre rosa dolorida
que se muere perfumando
a quien le quita la vida!)

Si ella mi dolor supiera
de mi dolor se apiadara,
y a mirarme se asomara
detrás de la enredadera.

Mas ella no sabe nada,
porque a su presencia siento
que se me va la mirada
y se me rompe el aliento.

Detrás de la enredadera
mi entierro verá pasar...
¡Ay, sin sospechar siquiera
que me mató su mirar!

VI

¡Ay, cómo lloro tu ausencia!
¿De qué sirve llorar tanto,
si el viento hasta tu presencia
no puede llevar mi llanto?

Mi vida entera consumo
en este dolor sombrío,
inútilmente, ¡cual humo
que se pierde en el vacío!

Y es tan duro este castigo,
que ni siquiera deseo
que mi mayor enemigo
se viese como me veo.

¡Ay, qué implacable es mi suerte,
porque niega a mi dolor
la esperanza de tu amor
y el consuelo de la muerte!

VII

¡Cuántos labios suspiraron
entre mis labios, mi nombre!
Pero de tantas promesas,
pero de tantos amores,
ni uno solo, con su lámpara,
viene a iluminar mis noches.

Unas me quitó la vida,
otras la muerte robóme...

Tan sólo quedan recuerdos
engarzados en canciones,
y entre el polvo de las lápidas
el olvido de los nombres.

Las cenizas que dejaran
todas en mis manos cogen,
y puedo echarlas al viento
sólo con que en ellas sople.

¿En dónde el amor?—pregunto.
Tan sólo el eco responde,
ahuecando mis palabras
entre las breñas del monte,
con su acento de ironía :
— ¿En dónde el amor? ¿En dónde?

VIII

¡Ay, más dura un parpadeo
que la rosa en los rosales!
Un leve soplo de viento
la deshoja y la deshace.

Si como las rosas duran
humanas felicidades,
un vino claro que sepa
a agua de rosas, escánciame.

¡Ay mi amor, tan sólo en sueños
visita mis soledades,
y con su mano de nieve
su larga túnica abre,
para ofrecerme en los senos
sus copas de miel fragante!

Como sólo gozo en sueños
su cuerpo tan fino y frágil
que parece polvo y humo
según como se deshace,

un vino que infunda sueño,
en áureas copas, escánciame.

¡No importa que dé la muerte,
que son mis penas tan grandes,
que la misma muerte fuera
poco para consolarme!

IX

Mis dardos lancé a los cielos,
mas de los cielos bajaron
y en mi pecho se clavaron...
¡Amor, no juegues con celos,

que igual que los dardos son!
Al cielo los dirigimos,
pero en vez del cielo, herimos
nuestro propio corazón!

Su brillo esconde la perla
entre las algas marinas...
Si la rosa tiene espinas,
¿cómo no herirse al cogerla?

El romero es muy amargo,
más amargo que la hiel :
la abeja en él, sin embargo,
liba la más dulce miel.

Con esta máxima vieja
doy consuelo a mi dolor :
como el romero a la abeja
los celos son al amor.

X

¡Oh, qué largas son mis noches
en estos años de ausencia!

¡Oh, hermosa entre las hermosas,
gacela entre las gacelas,
tú que inconstante y voluble
olvidaste tus promesas,
tú, que mi amor traicionaste,
¿acaso ya no recuerdas

aquella noche, en que juntos
sobre un lecho de azucenas,
velando el amor, pasamos
a la luz de las estrellas?

El mismo chal nos ceñía
en sus caricias de seda;
nos abrazábamos como
se abraza a la vid la hiedra.

Nuestros cuerpos enlazábamos
como se enlazan las perlas
de un collar, y nuestras almas
sobre nuestras bocas ebrias,
confundidas en un beso,
un alma tan sólo eran.

¿Dónde te has ido, amor mío?
¿En qué rincón de la tierra,
cual yo recuerdo las tuyas,
tú mis caricias recuerdas?

Con la frente entre las manos,
de codos en el alféizar,
estoy viendo los jardines
fragantes de Primavera.

Y al contemplar en las fuentes
el fulgor de las estrellas,
me parecen tus pupilas,
que atónitas me contemplan,
húmedas aún por las lágrimas
con que lloras nuestra ausencia.

XI

¡Oh, brisa, si bajas de
aquellos verdes oteros
donde entre los limoneros
su blanca casa se ve,

tráeme en tu rápida ala
aquel dulce arrobamiento
que de sus labios se exhala!..
¡Pero ya que no su aliento,

tráeme el olor con que ungiera
su albo seno de paloma
y su negra cabellera!...
¡Pero ya que no su aroma,

tráeme el polvo que levanta
en los floridos jardines
su leve y desnuda planta,
cuando va a cortar jazmines!

XII

Al amor creí cordero
y me resultó león.
¡Llena mi copa, que quiero
alegrar mi corazón!

¿Qué me importa que otro vaya
a buscar perlas al mar,
si yo a tu lado, en la playa
puedo beber y cantar?

¡Que a brújulas y a astrolabios
otros su suerte confíen!...
¡Mi fortuna está en tus labios,
y tus labios me sonríen!

¡Vayan a tierras de infieles
los bravos a guerrear...
Yo no quiero más laureles
que los que tú me has de dar!

¿Para qué joyas y lazos
y vestidos de tisú...?
¡Cuando te tengo en mis brazos,
gloria y riqueza eres tú!

Pregunta al rey de Castilla
si posee en su tesoro,
joyel cual la maravilla
de tus cabellos de orol

Estudie el sabio encorvado...
¿Qué más quiero yo saber,
sino que puedo a tu lado
cantar, amar y beber?

XIII

¡Ay, del amor, ya he probado
todo el veneno y la miel!

En mi camarín de plata,
sobre la mano la sien,
llorando estoy como un niño
que solo y triste se ve.

Mí corazón han herido...
¡Mas no preguntadme quién!

Por una puerta de cedro
a su alcoba penetré;
al traspasar los umbrales
¡cómo temblaban mis pies!...

El corazón parecía
que iba mi pecho a romper...
Sonriente me esperaba...
¡Mas no preguntadme quiéni

Sus brazos tendió a mi cuello,
y en mis brazos la estreché,
y en la copa de sus labios
apagué mi ardiente sed,

hasta que, ebrio de besos,
de mí mismo me olvidé...
Ella temblaba de dicha...
¡Mas no preguntadme quiéni

Su mano rasgó mi túnica
cual si rasgase mi ser.

Vi la gloria en sus pupilas
y los párpados cerré;
sentí fuego en vez de sangre
y sin habla me quedé...

Se ha dormido entre mis brazos...
¡Mas no preguntadme quién!

Entre las perlas del alba
a mi casa regresé;
los ojos llenos de ojeras,
pálida y mustia la tez,

igual que un ebrio, apoyando
las manos en la pared,
porque apenas si podía
de débil tenerme en pie.

También me espera esta noche...
¡Mas no preguntadme quién!

MOTIVOS ANDALVCS



MOTIVOS ANDALUCES

I

BAJO el negror de la mantilla
el resplandor de tu mirada,
habla de patios de Sevilla
y de las rejas de Granada.

En las tinieblas raudo brilla,
como la hoja ensangrentada
de alguna trágica cuchilla
después de alguna puñalada.

Cuando me miras, busco en vano
entre mis labios el acento...
Me agita un gran temblor mortal;

¡y al corazón llevo la mano,
porque parece que en él siento
entrar el filo de un puñal!

II

No sé qué angustia me estremece
en esta tarde de verbena...
¡Deja que, pálido, te rece
la amarga copla de mi pena!

Tu negro pelo entenebrece
tu rostro, y eres tan morena,
que junto a ti rubia parece
la Virgen de la Macarena.

Eres alegre y solitaria :
boca de beso y de plegaria...
Y cuando sueltas, como un manto,

tu cabellera tenebrosa,
pareces una Dolorosa
en algún nuevo Jueves Santol

.II

Carne de fiebre y de pecado,
lasciva flor de Andalucía,
boca que nunca yo he besado,
¿cuándo podré llamarte mía?

Hay en tu cuerpo bronceado
una bizarra anomalía,
mezcla de algo immaculado
y de inmoral gitanería.

La flor fragante de tu seno
guarda la muerte del veneno
bajo el ensueño del aroma..

Y tienes, mística y ardiente,
fascinaciones de serpiente
y candideces de palomal

IV

La tarde azul y roja es...
El sol de España quema y brilla...
¡Fiestas de toros! Embriaguez
de luz, de sangre y manzanilla.

¡Bajo el negror de la mantilla
se hace más lúbrica la tez!...
¡Los juguetes de Sevilla
y el clasicismo cordobés!

Yo también hice alguna suerte
jugueteando con la muerte;
y por un ramo de claveles,

la mortal asta de algún toro
arrebató flecos de oro
de algún burlón de mis caireles.

V

— Señor, mi madre se me muere;
ya no hay ni fuego en la cocina,
y el boticario ya no quiere
darme de balde medicina

— dijo la niña al bandolero—.
El bandolero se calló;
mas picó espuelas, y, ligero,
en su caballo se alejó.

Volvió a la tarde... — Este tesoro
tome la niña — dijo incierto —.
Sobre su falda echó un puñado

de relucientes onzas de oro,
y, con la mano en el costado,
junto a la puerta cayó muerto!

VI

Rendal de seda, manta grana,
ceñido el rojo pantalón,
la chaquetilla sevillana,
el calañés y el pañolón;

gris la polaina y la canana,
puesto el trabuco en el arzón,
bajo el azul de la mañana,
pára su yegua ante el mesón...

— ¿Quiere el señor Diego Corriente
una copita de aguardiente?
— dice el ventero... Y así va

este bandido generoso,
que lo que roba al poderoso
al indigente se lo da.

VII

Granada, sueño de poeta;
Córdoba, caña de Montilla...
¡La encairelada pandereta
vibra en las manos de Sevilla!

Málaga, juerga en la Caleta,
navaja trágica que brilla...
¡Contrabandista, la escopeta,
Jerez, suspende de su silla!

En su mar mírase Almería,
blanquea Cádiz a la luna...
¡Ciudades de mi Andalucía,

de una belleza imponderada!
¡Pero entre todas no hay ninguna
tan bella como mi Granada!



AJORCAS Y BRAZALETES



M. L. S. P.

LAS VIEJAS GEMAS

I

 RECÓGETE tu bairame,
que es la gloria de tu ocaso,
y llena de ensueño el vaso
hasta que al fin se derrame!

¡Deja que el tiempo proclame
la suavidad de tu raso,
y ante mí detén el paso,
y un poco de ensueño dame!

Junto a la fresca cisterna
sé, para mi sed eterna
de romero sin fortuna

agobiado por su empeño,
bajo el sol, igual que una
Samaritana de Ensueño!

II

¿Acaso no has existido
y yo te llegué a soñar,
o exististe y te he perdido
y no te he vuelto a encontrar?

¿Te he soñado o te he vivido?
¡Ay!, ¿por qué no ha de arrojar
sus naufragos el olvido
como los arroja el mar?

¡Ay, del amor imposible,
amor que no aspira a verte
ni acaricia una ilusión!...

¡Amor puro, indefinible,
que ha puesto una cruz de muerte
dentro de mi corazón!

III

¡Por vosotras, trenzas blondas,
mi nave se hundió en el mar,
y son mis penas tan hondas
que no las puedo sondar!

¡Ay, cuándo subirán, presos
de este amor que es mi tesoro,
hasta sus labios, mis besos,
por vuestra escala de oro!

Cuando la esperanza pierda
de vuestro vivo destello,
haré en mi desolación

con vosotras una cuerda,
para enroscármela al cuello
y ahorcarme de su balcón.

IV

¡Ojos grises, ojos grises
de reflejos mortecinos,
que sugieren los países
de los abanicos chinos!

¡Ojos perdidos en una
visión de cosas banales!...
¡Ojos que bajo la luna
se acercan como puñales!

¡Polvo y ceniza de ensueño,
saudades de un loco empeño!...
¡Ojos de lluvia, de lodo...

Ojos de agua encharcada...
Ojos que no dicen nada
porque lo dijeron todo!

V

¡Oh, tus ojos embrujados,
ojos de un verdor tan terso
que sólo serán copiados
en la esperanza de un verso!

No existe una imagen para
servir de comparación...
La esmeralda es menos clara...
¡Qué verdes tus ojos son!

Ojos dignos de que agote
todos sus tonos Tiziano,
y que les rimase Don

Luis de Góngora y Argote
un soneto culterano...
¡Qué verdes tus ojos son!

VI

La serenata en el viento
asciende a tus camarines,
con el perfumado aliento
de los nocturnos jardines.

Andar buscándome sieato
la seda de tus chapines,
y en la penumbra tu acento
tiene un frescor de jazmines.

Se extinguió la serenata,
y en relámpagos de plata
contemplo sobre la alfombra,

como sobre una laguna,
el alfanje de la luna
decapitando tu sombra.

VII

En la Grecia hubieras sido
de toda belleza pauta.
Tu paso hubiese seguido
como una esclava la flauta.

Zeuxis te hubiese pintado,
y sobre tu seno Scopas
la forma hubiera vaciado
de sus más perfectas copas.

Y tu silueta bronceína,
toda ritmo y toda línea,
en las danzas del deseo,

un artífice grabara
en la esmeralda más clara
del más rico camafeo.

VIII

La góndola en que me embarco
para huir de este dolor,
puesta la flecha en el arco
lleva en la prora un Amor.

¡Ay de las pobres sirenas
que me quieran hechizar!...
Con la sangre de sus venas
teñirán de rojo el mar.

Señora, a tus playas llego
guiado por el niño ciego...
Su aljaba no os dé aflicción...

Está de flechas vacía,
¡pues la última que tenía
la traigo en mi corazón!

IX

Es tan firme mi armadura
que el hacha se rompe en ella,
quiebra la lanza más dura
y al mejor alfanje mella.

Es más fiel, que la más pura
y enamorada doncella,
y al sol, en la lid, fulgura
con resplandores de estrella.

Siempre de toda algarada
sano y triunfante he tornado.
Mas mi suerte ya finó,

que el dardo de una mirada
mi coraza ha traspasado,
y hasta el alma se me entró!

X

Tu regia stirpe pregona
aquella heráldica empresa
al pie de tu escudo impresa :
— Valgo más que una corona. —

Nada tu orgullo ambiciona,
pues tu aristocracia ilesa
tiene manos de abadesa
y pupilas de infanzona.

Ceñir mi cuello te plugo
— ¡oh fallidas esperanzas! —
con dorados eslabones...

Para librarme del yugo,
por ti romperé cien lanzas
como Suero de Quiñones.

XI

Adoras el fasto viejo,
y gusta a tu fantasía
contemplarte en el espejo
cubierta de pedrería.

¡Cuánto oro y cuántas gemas,
ajorcas, cruces, anillos,
brazaletes y cadenas,
y collares y zarcillos!

En oro engarzadas, todas
las gemas celebran bodas...;
Mas también por irrisión

llevas, engarzada en cobre,
una perla enferma sobre
el dedo del corazón.

XII

Hay en su pupila clara
tal bondad y tal consuelo,
cual si fuese hecha para
dirigir almas al cielo.

De plata tiene la cara,
de oro, muy pálido, el pelo,
y un ángel quizás bordara
las estrellas de su velo.

Un niño visionario
en su seno juguetea
con las puntas de un pañuelo...

Tan sólo el escapulario
le falta para que sea
Nuestra Madre del Carmelo!

XIII

Siempre envuelta en blancas pieles,
junto al chubeski, sentada,
sueles pasar la velada
leyendo historias crueles,

soñando con frases de
novela sentimental,
como habla Armando Duval
con Margarita Gautier.

Tosiste tanto aquel día
que enrojeció tu pañuelo;
y saltando de alegría

dijiste, al dármelo: — ¡Ven
y miral... ¡Gracias al Cielo,
estoy física también!

XIV

Eres ingenua y prolija
hasta en tus mismos excesos,
y en la pausa, entre dos besos,
te agrada, con la sortija,

con caracteres ambiguos
y en enlaces inmorales,
grabar nuestras iniciales
en los espejos antiguos.

Ni joyas ni flores quieres,
que a las gemas más preciosas
y a las corolas más bellas,

en tus ensueños, prefieres
coger manojos de rosas
del rosal de las estrellas.

XV

Ante el milagro del Arte
toda tu fiereza cede.
Sólo la Música puede
conmoverte y fascinarte.

Oyéndola, se serena
la crueldad de tu pupila,
se hace cándida y tranquila
y se torna humilde y buena.

Y así, dulce y silenciosa,
entre las manos la cara,
pareces una serpiente

mortalmente venenosa,
que con su flauta encantara
un hechicero de Oriente.

XVI

Tu pie desnudo se mueve
sobre el tapiz encarnado,
y es tan blanco que a su lado
parece negra la nieve.

Modelo eterno del Arte,
tan ágil que no se ve,
y tan frágil que no sé
cómo puede sustentarte.

Y tan breve, vida mía,
que él sólo calzar podría
aquel chapín de cristal,

que según la historia cuenta
olvidó la Cenicienta
en la escalera real.

XVII

¡Cómo rima el negro velo
y tu silueta enlutada,
con la obscuridad del pelo
y el negror de tu mirada!

¡Cómo entona, en tu elegante
gesto hermético y arcano,
la palidez del semblante
con el marfil de la mano!

Siempre de luto vestida,
viuda de un alma ignorada,
sombra trazada al carbón,

apareces en la vida,
sobre mi vida curvada
como una interrogación.

XVIII

En la sombra te arrebuja,
y bajo su negro manto
tienen tus pupilas brujas
fascinaciones de llanto.

Entre tus manos estrujas
la flor de mi desencanto,
y en los ojos de mi canto
clavas tus áureas agujas.

Insensible a todo ruego,
te ensañas con mis despojos,
y es en tus manos mi amor

igual que un ruiseñor ciego,
a quien saltaste los ojos
para que cante mejor!

XIX

Sobre pieles de leopardo,
al ardor que me consume,
se abrió en la noche tu nardo
y al labio dió su perfume.

En las tuyas, ¡con qué gozo
vi mis pupilas perdidas,
cual dos estrellas caídas
en lo profundo de un pozol

Y el ¡ay! y aquella agonía
de tu boca entre la mía,
aquel temblor..., y aquel modo

de suspirar..., y aquel grito...
¡Y aquel olvido de todo
perfumado de infinito!

XX

Sobre la sombra del muro
destacas tu majestad,
igual que en el claroscuro
de un retrato de Rembrandt.

En la media luz que muerde
la palidez de tu faz,
se hace más intenso el verde
de tu mirada voraz.

Tu boca se abre encendida
en una sonrisa franca,
ávida de sangre y besos,

igual que una fresca herida
por donde se ve la blanca
pincelada de los huesos.

XXI

Enigmática y felina
con tus pieles de astracán,
pareces una heroína
de Villiers de l'Isle Adam.

En tu palidez marmórea
y en tus ojos de cristal
hay la nostalgia hiperbórea
de una aurora boreal.

¡Gustas del peligro, y amas
despertar voraces bramas!..
Y por los campos nevados

que persigan tu trineo
los aullidos prolongados
de los lobos del Deseo.

PARA EL COLLAR DE DANIZARDA

LA PERLA

LA perla es igual que una
princesa enferma de amor.
La palidez de la luna
palidece en su blancor;

y sin traducir su mal
agoniza lentamente,
como un nardo del Oriente
en su camarín real.

Mi dolor no admite merma,
 porque el labio no se atreve
 a descubrir su pasión.

 E igual que una perla enferma
 sobre tus senos de nieve
 se muere mi corazón.

LA AMATISTA

Mística piedra agorera,
presagio de mi martirio,
dolorosa como un lirio,
morada como una ojera.

En tus cárdenos cristales
brilla la policromía
con que desfallece el día
sobre un lecho de corales.

Amada de las mujeres,
preferida del poeta
que desfallece de amores...

¡Oh, clara amatista, eres
lo mismo que la violeta
es entre todas las flores!

LA ESMERALDA

Como en la clara corriente
que humedece la pradera,
se refleja el transparente
verdor de la Primavera.

Tu mirada cristalina
proyecta la lontananza,
la verde ilusión marina
de una remota esperanza.

Verdoses claros y fríos
donde flotan los despojos
de mis náufragos navíos...

¡Oh, quién pudiera engarzar
la esmeralda de tus ojos
en el oro de un cantar!

EL RUBÍ

En la granada partida
de tus labios carmesíes,
mi beso dejó una herida
más roja que los rubíes

que ensangrientan, con los brillos
de sus púrpuras solares,
las gemas de tus collares
y el oro de tus anillos.

Y húmeda, ardiente, imprecisa,
como sangriento trofeo
de aquel beso que te di,

te devuelvo tu sonrisa
en un rojo camafeo
tallada sobre un rubí.

LO QUE PASA

I



QUE bien sienta tu silueta
sutil y espiritual
en la mística glorieta
del jardín conventual

¡A cada paso te paras
y te inclinas conmovida,
lo mismo que si buscaras
alguna cosa perdida!

En el jardín solitario...
¡ay! ¿qué busca tu mirada
con tan hondas emociones?

¿Un crucifijo, un rosario,
o alguna flor disecada
en tu libro de oraciones?

II

Como la tibia fragancia
de una remota canción,
llegó hasta mi triste estancia
la voz de Mimí Pinsón.

Y aun a pesar de la fría
miseria de mi desván,
la vida fué una alegría
falta de vino y de pan.

Y hasta al morir tuvo una
blanca suavidad de luna.
Era hermosa y buena al par:

¡tan buena que se moría
y muriendo sonreía
para no verme llorar!

III

La sombra es una enlutada
que se acerca a la ribera,
a peinar su desgredada
y ondulosa cabellera.

Es tan negra que parece
que su negrura alucina,
y hasta el agua cristalina
al copiarla se ennegrece.

El silencio cristalino
rasga la ilusión de un trino...
¡Y parece el ruiseñor,

cual si mientras se peinara
la negra sombra, cantara
un viejo canto de amor!

IV

La tarde, el claro remanso
verde de tanto ramaje,
y el silencio del paisaje,
nos invitan al descanso.

Y en la paz de la alameda,
se abrió para mí tu seno,
igual que una flor de seda
impregnada de veneno.

Y mis dedos atrevidos
venciendo tus esquiveces
arrancaron tus vestidos...

¡Y entre los ramos espesos,
yo puse a tus desnudeces
una túnica de besos!

V

El cuello de la cigüeña
sobre el viejo torreón
en el azul se diseña
como una interrogación.

Mira al cristal de la aceña
con tan honda obstinación,
que diríase que sueña
con su propia aparición.

De pronto, se alza derecha,
castañeteando el pico,
y cruza como una flecha..

Parece que vuela de
el fondo de un abanico
de alguna frágil musmée.

VI

¡Al llegar la Primavera,
que tenga tu juventud,
rosas en la cabellera
y en las manos un laúd!

¡Que encuentre tu faz dormida
sobre un regazo florido...
Cuando el ruiseñor anida
justo es que formes tu nido!

Los jazmineros blanquean
en la noche perfumada
como estrellas temblorosas...

¡Haz que tus estrofas sean
en el seno de tu amada
como un manojo de rosas!



RETRATO



ARDE llegaste al mundo. Tu sueño odia el reposo;
 amas el fasto antiguo, la guerra y el amor,
 y cruzas por la vida callado y desdeñoso,
 igual que un desterrado y noble emperador.

Tienes el gesto altivo del que perdió un imperio,
 labios de César Borgia, pupilas de don Juan...
 Surge tu busto heroico del fondo del Misterio,
 como del claroscuro de un cuadro de Rembrandt.

De todas las bellezas adora tu alma fuerte
la trágica y sangrienta belleza de la Muerte...
El águila bicéfala en tu aislamiento anida.

Ciña el laurel de Apolo tu altiva sien de Marte,
y ya que ser no puedes César Borgia en la vida,
serás el César Borgia dominador del Arte.

LOS LEBRELES


 EN el jardín patricio de tu alma infanzona,
 bajo la sombra augusta de imperiales laureles,
 se curvan como arcos tres ágiles lebreles,
 cuyas gualdrapas ornán un lis y una corona.

Son bellos como aquellos cuya altiva cabeza
 muestra su perfil regio, bajo la blanca mano
 del César, en los lienzos divinos del Tiziano,
 iguales al gran Carlos en valor y en nobleza.

Con raudas presas sueñan los ojos fulgurantes,
y del sol a los besos los músculos vibrantes
tiemblan bajo la seda süave de la piel,

como al tomar tu lírica ofrenda de violetas,
bajo el encaje antiguo trasparen inquietas
las místicas palomas del seno de Isabel.

ISABEL

ENTRE el humo de oro de las viejas arañas
copia una cornucopia, en su cristal de ensueño,
el perfil de medalla y el palor marfileño
de Isabel, que en el clave toca fugas extrañas.

En el sillón monástico, la noble y vieja tía
duerme con el rosario de nácar en la mano...
Y persigue a una ninfa un joven dios pagano,
entre los verdes mustios de la tapicería.

A Isabel galantea tu charla cortesana,
que en su cuadro comenta la irónica sonrisa
de aquel tu antepasado, señor entre señores,

a quien costó la vida, como a Villamediana,
mostrar en una justa real, como divisa,
un lis de plata, símbolo de sus regios amores.

SARA

PUPILAS fascinantes, para avivar las bramas
de los machos potentes; carnes de tentación,
hechas para las rojas caricias de las llamas
de los santas hogueras de alguna inquisición.

Cuentan hoscas beatas que en la noche te han visto,
de la agónica lámpara a la lívida luz,
embriagarte de sangre en las llagas de Cristo,
como una loba hambrienta mordiéndole en la cruz.

A los que condenaron tu desnudez morena
por diabólica y pródiga, tu belleza condena,
con su recuerdo, a un bárbaro suplicio más eterno.

Y como tigre en brama, más de un inquisidor,
quemándose en las llamas voraces del infierno,
aullará de lujuria recordando tu amor.

LOS INFANZONES

AS nobles damas hablan; cabellos empolvados,
manos áureas de anillos, senos blancos de encajes,
y armonizan las sedas antiguas de los trajes
con el damasco antiguo de los viejos estrados.

Evocan los saraos famosos de la corte,
entre risas y anécdotas. En la mesa de juego,
barajando las cartas, un abad mujeriego
relata sus proezas en la guerra del Norte.

Mientras alguien al clave recuerda un minueto,
dos antiguos amantes murmuran en secreto :
— ¡Las mujeres de ahora! ¡Oh, los hombres de hoy!

Y la dama, al descuido, deja caer su guante
y él se curva a cogerlo, con el gesto galante,
lento y ceremonioso de don Manuel Godoy.

EN EL PANTEÓN

quí, en gótico féretro, el noble polvo yace
de Alvar Fáñez, el bravo compañero del Cid.
La cruz sobre la lápida, y el *Requiescat in pace*,
escrito en caracteres de un bárbaro latín.

Otra tumba, de un joven guerrero que en Granada
cedió su potro al rey y combatió de pie,
hasta caer herido por cien lanzas. Su espada,
mellada y herrumbrosa, sobre la cruz se ve.

Más allá, duerme un santo, patrono de los Andes,
y un capitán famoso de los tercios de Flandes...
Isabel en tus brazos ofrenda su tesoro...

Y un féretro vacío aguarda en un rincón
tus despojos mortales. Dice en letras de oro:
«Aquí yacen los restos del último infanzón.»

EN EL CONVENTO

EN la mística calma claustral, calladamente,
sientes que, gota a gota, se desangra tu vida,
como el hilo de plata de una trémula fuente,
bajo los cipresales de la tarde florida.

Todo calma. En el claro cristal del firmamento
sólo el aliento tibio de tus labios humea,
mientras el áureo anillo ciñe tu pensamiento
a los dedos nupciales de su esposa: la Idea.

Es un anillo de oro hecho para las bodas
inauditas y eternas que habrán de fundir todas
las glorias del pasado con las glorias futuras.

Fué labrado en la mística calma conventual
por un buen monje artífice, cuyas pupilas puras
cegó la muerte mientras miniaba una inicial.

ISABEL, ENFERMA

ISABEL está triste, mirando el parpadeo
del sol que ataracea los verdores del prado,
y su perfil extático, sobre el balcón labrado,
recuerda al de Julieta esperando a Romeo.

Viene un olor de siembra de las tierras cercanas;
el pavor del crepúsculo tiembla en la vidriera;
Isabel palidece cual si en el aire oyera
un fúnebre tañido de remotas campanas.

Tiene el gesto de todas las místicas princesas
que mueren desangrándose por invisible herida,
y al mirar que la noche se adueña de su traje

y la espuma en sus ébanos, tú evocas una de esas
visiones que cual sombras resbalan por la vida
para desvanecerse detrás de un cortinaje.

EXALTACIÓN

 ABALGANDO en el potro salvaje del Instinto,
flotante la leonada piel y rota la brida,
como un dios de la guerra, ebrio de fuerza y tinto
en sangre, tu ágil ímpetu tiraniza la Vida.

Embrazado el escudo y la espada en la mano,
vas señalando un vértice, y defiende la pura
castidad de tu ensueño, tu orgullo soberano
como una impenetrable y bárbara armadura.

Todo bajo el incendio de tu mirada brilla,
y por las desoladas estepas de Castilla,
entre nubes de polvo tu heroico ensueño avanza.

Y a los pies de tu potro, el dragón, en un lago
de sangre, yace muerto, herido por tu lanza,
como en los viejos lienzos del apóstol Santiago.

CARLOTA BORGIA

IENE el perfil heroico, el labio adusto y fino,
voraces ojos negros sobre la tez de nardo,
que recuerdan los fieros ojos del Valentino
que laudó tantas veces el divino Leonardo.

Lo puro de sus líneas pide la blanca túnica
griega; sus nobles senos son altos y son duros
como un bloque pentélico, y su entraña es la única
capaz de prestar vida a los héroes futuros.

Es digna por lo regio y altivo de su porte,
de que entre el fausto heráldico de una espléndida corte,
el genio de Leonardo la pintase, sentada

sobre el trono de oro de un imperial salón,
acariciando ambigua con su mano enjorada
las áureas y encrespadas melenas de un león.

212

LA CACERÍA

PERFUMA la mañana un olor a romeros.
Suenan trompas de caza, piafan los corceles,
y entre los matorrales, seguidos de monteros,
ladran, mientras rastrean sus presas, los lebreles.

Casacas escarlatas, pelucas de otros días...
Y en tanto que los ágiles potros caracolean,
igual que en los tapices de regias monterías,
damas y caballeros amables galantean.

Entre nubes de polvo pasa la cabalgada.
Y allá, entre las neblinas de la verde hondonada,
se oyen bruscos ladridos y atruena el ¡alalí!

El sol dora las cumbres de los parduscos cerros,
y al pie de vieja encina, luchando con los perros,
enseña sus colmillos, sangrando, el jabalí.

ISABEL, MUERTA

ERCANDO el catafalco de negro terciopelo
blasonado de oro, las dueñas enlutadas,
por la doncella muerta piden, plañendo, al Cielo.
Flota un olor de viejas sepulturas cerradas.

En los altos blandones la cera se deshace,
y cien nobles doncellas, son fijosdalgas todas,
deshojan rosas blancas sobre Isabel, que yace
de blanco, sobre el féretro, como para unas bodas.

Un aullido de perros en la noche se advierte.
La luna, atravesando los cristales floridos,
deja un beso de plata sobre Isabel dormida.

Y mientras plañe el trágico responso de la muerte,
vosotros, en la sombra, con los labios unidos,
proseguís entonando la canción de la Vida.

LA MUERTE DE SARA

POR las ásperas greñas, la cabeza de Sara,
tu mano alza del suelo con un gesto viril,
y algún mechón sangriento de los ojos separa,
para besar sus labios, a la luz del candil.

Por tus manos herido sucumbe el asesino,
y hay un gesto satánico en tu boca cruel.
Relámpagos de oro arranca en el camino
con sus sonoros cascos tu rápido corcel.

Y al entrar en el burgo, a la luz indecisa
del alba, alguna vieja beata que va a misa
se santigua a tu paso, como a una aparición.

En las ferradas puertas el aldabón golpea,
y al dejarlo tu mano, lentamente gotea
tibios hilos de sangre el pesado aldabón.

EL HÉROE

NOBLE Castilla, sobre tu tálamo de hierro,
el amor ha engendrado al Héroe que vendrá
a soltar los leones del secular encierro
y azuzarlos de nuevo donde la presa está.

Entre la apoteosis del órgano sonoro
le ungirán, en las naves de vieja catedral,
y extenderá las alas, sobre la cruz de oro
de su altiva corona, el águila imperial.

Y de nuevo, Castilla, le verás en tu tierra,
tinto en sangre hasta el casco de su corcel de guerra,
regresar victorioso de legendaria lid,

paladín de sangrientas y ancestrales venganzas,
galopando entre un bosque de escudos y de lanzas,
cual la desenterrada aparición del Cid.

FIN

ÍNDICE

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	5
LOS PANALES DE ORO.....	15
KASIDAS DEL REINO INTERIOR.....	17
El desierto.....	19
Los castillos de humo.....	23
La araña.....	27
El castigo.....	31
La soledad.....	35
La antorcha.....	39
LAS COLMENAS DEL RECUERDO.....	41
Ofrenda.....	43
Turrís ebúrnea.....	45

	<u>Páginas.</u>
La tórtola.....	47
La del alba sería.....	49
Huerto cerrado.....	57
Reliquias.....	59
Leyendo.....	65
La hora del te.....	67
Junto a la fuente.....	69
A un poeta viejo.....	71
 LAS GACELAS DE ANTAÑO.....	 73
 MOTIVOS ANDALUCES.....	 109
 AJORCAS Y BRAZALETES.....	 125
Las viejas gemas.....	127
Para el collar de Danizarda.....	169
Lo que pasa.....	177
 PINTURAS MURALES.....	 189
Retrato.....	191
Los lebreles.....	193
Isabel.....	195
Sara.....	197
Los infanzones.....	199
En el panteón.....	201

	<u>Páginas.</u>
En el convento	203
Isabel, enferma	205
Exaltación	207
Carlota Borgia	209
La cacería	211
Isabel, muerta	213
La muerte de Sara	215
El héroe	217
ÍNDICE	219

FRANCISCO VILLAESPESA



LOS PANALES DE ORO

EX - LIBRIS

SUCESORES - DE - HERNÁN
DO - EDITORES - MADRID

ORNAMENTO Y DECORO

ESTE LIBRO - J. MOYA DEL PINOS

